

CAPÍTULO 4: Vida y muerte de las metáforas

Literalmente, adv.: En sentido figurado. Por ejemplo: ‘el estanque estaba literalmente lleno de peces’, ‘el campo estaba literalmente lleno de víboras’, etc. (Ambrose Bierce, *El diccionario del diablo*)

¿Cuál es el alcance, la extensión o la difusión del fenómeno metafórico en el lenguaje humano? Como hemos podido advertir en el breve repaso inicial a la historia de las ideas sobre la metáfora, las respuestas oscilan entre dos polos: una postura **maximalista** sostiene que la importancia del fenómeno es esencial, incluso hasta el punto de que, si no lo entendemos o explicamos, no podremos ni comprender ni explicar el propio lenguaje humano en su conjunto. En cambio, para el **minimalista**, el fenómeno metafórico es secundario, residual o reducible a otras funciones semánticas que conectan más directamente, o así lo parece, el lenguaje y la realidad.

Para sostener su posición, el maximalista puede adoptar dos estrategias. La primera es la de tratar de probar que las funciones semánticas esenciales, la denominación y la expresión, son de carácter metafórico, *en su mismo origen y por razones conceptuales argumentables*, mediante análisis o argumentación trascendental. Esta fue la estrategia que siguió F. Nietzsche, teóricos del romanticismo como F. Schiller, O. Paz, G. Steiner o, más recientemente, M. Arbib y M. Hesse (1986) y P. Mühlhauser (1985).

La segunda línea de argumentación se basa en el intento de demostrar la generalidad del fenómeno en el habla cotidiana, *al margen de que tal fenómeno sea patente a la conciencia del hablante*¹. Esto es, se trata de dar a

¹ R. Gibbs (1994, caps. 2 y 6) ofrece un buen resumen de las relaciones entre metáforas convencionales e idiomática. La idea general que R. Gibbs mantiene es que la

la noción de metáfora un contenido teórico que no tiene por qué coincidir con las intuiciones del hablante acerca de lo que es o no es metafórico. Lo cual no implica, dicho sea de paso, que quienes sigan esta línea de argumentación renuncien al objetivo metodológico de hacer lingüística bajo constricciones cognitivas. En general, se puede considerar que son G. Lakoff y M. Johnson (1980) los principales representantes de esta forma de maximalismo acerca de lo metafórico.

Generalmente no se suele distinguir entre metáforas muertas y convencionales. Sin embargo, teniendo en cuenta la magnitud de la polémica suscitada acerca de la función de tales tipos en una teoría general de lo metafórico, parece útil establecer una distinción clara. aun reconociendo el carácter continuo de la gradación que va desde las metáforas muertas a las metáforas creativas o poéticas².

Un criterio pertinente que permite distinguir puntos teóricamente relevantes en el continuo metafórico es el de la conciencia lingüístico-comunicativa del hablante, la forma en que el hablante percibe las preferencia en cuestión y es capaz de recuperar su significado³.

Desde este punto de vista, las metáforas muertas son aquéllas cuya naturaleza metafórica es ajena a la conciencia del hablante. Esto es, si se le

trascendencia cognitiva de la metáfora no se limita a las metáforas novedosas, sino que atañe por igual a éstas, a las metáforas convencionales (fossilizadas, muertas o como se quiera decir) y a las expresiones idiomáticas. Véase también M. Davies (1982/3) y E. Romero y B. Soria (1994).

² No obstante, muchos teóricos minimalistas consideran que tal gradación no abarca a las metáforas cuando se convierten en expresiones convencionales. Para una defensa reciente de este punto de vista, v. por ejemplo E. Romero (1990/1) y E. Romero y B. Soria (1994).

³ E.C. Traugott (1985) propuso considerar, aparte de este factor, dos factores más, el de la *conceptualización*, esto es, en qué medida la metáfora contribuya a modificar nuestro sistema conceptual y el de la *distancia*, esto es, en qué medida la metáfora es más o menos central al sistema conceptual. Estos dos factores atañen pues a las funciones cognitiva (v. *infra* 7.2.4) y poética (v. *infra* 10.4) de la metáfora.

pide al hablante que contraste su interpretación del sentido con otro (posible), es incapaz de hacerlo, puesto que, para él, la interpretación está unívocamente determinada. Esto sucede con casos en que el carácter metafórico procede de una extensión léxica cuyo origen y motivación puede perderse en el tiempo. Un ejemplo relevante, y que se ha tratado con profusión en la bibliografía es el de las partículas sincategoremáticas, como las preposiciones (C. Brugman, 1981; J. Vanparys, 1984). Es posible, por ejemplo, que la preposición `sobre´ tuviera un sentido puramente espacial y que, desde ese núcleo significativo, fuera ampliando metafóricamente sus acepciones. Pero de lo que no cabe ninguna duda es de que nadie, en español, considera metafórica la expresión

(a) el profesor habló sobre la metáfora

como una expresión desviada, en algún sentido, de un primigenio sentido espacial.

Lo mismo cabe decir en el nivel de lo léxico: el origen de muchas palabras esconde una extrapolación metafórica en sentido amplio (metonímica, sinecdóquica...), pero tal origen es ajeno a la conciencia lingüística de una comunidad de hablantes. En francés, E. Coseriu se refirió al término grève (huelga) como un término cuyo significado originalmente metafórico se ha perdido a la conciencia lingüística: procede de la costumbre de los obreros parisinos en paro de bajar a los bancos de arena (**grève**) del Sena para reunirse. Pero ya nadie relaciona esa palabra, en la acepción de **huelga**, con tal costumbre (v. también P. Chamizo, 1998).

En un nivel supraléxico, las expresiones idiomáticas también se pueden contar entre las metáforas muertas aunque, como veremos, tienen otras características semánticas interesantes.

En cambio, en las metáforas convencionales, el carácter metafórico aún no se ha perdido completamente para la conciencia de los hablantes, esto es, los hablantes pueden recuperar un significado diferente del metafórico, por muy implausible o absurdo que éste sea, con el cual pueden contrastar el significado real de la preferencia. Esto no quiere decir, por supuesto, que en el proceso de comprensión haya relaciones jerárquicas de algún tipo (de precedencia, predominancia o cualquier otro tipo) entre los dos tipos de significado. Precisamente por su carácter absurdo, implausible o patentemente

verdadero o falso, la interpretación no metafórica ni siquiera es considerada como un candidato a su procesamiento. Pero, desde el punto de vista de la recuperación del significado y su posterior reutilización como fundamento de una metaforización ampliada, ironía, sarcasmo, bromeo, etc., el hablante puede acceder a otra interpretación diferente a la que corresponde al significado preferencial del hablante.

Por eso, resultan falsas las características de las expresiones metafóricas convencionales y novedosas en términos de sus relaciones con presuntos significados literales. Por ejemplo, tal como define ese contraste J. Searle (1979), las metáforas se caracterizan por

- 1) no coincidir su significado preferencial con su significado literal
- 2) ser el significado metafórico una derivación o consecuencia del procesamiento previo del significado literal.

Sin embargo, 1) está sujeto a sospecha por las numerosas críticas vertidas sobre la noción de significado literal y (2) por los datos psicológicos existentes acerca del procesamiento de las expresiones metafóricas, que apuntan o bien a un procesamiento simultáneo de significados (convencionales o literales y metafóricos) o bien a la exclusión simple y llana del significado literal en el proceso de comprensión de las expresiones metafóricas (véase *supra* Cap. 3.2).

Teniendo en cuenta estas observaciones, conviene reconsiderar la distinción entre metáforas muertas y convencionalizadas. De acuerdo con J. Searle, las metáforas muertas no tienen sino un significado literal, mientras que las metáforas convencionales se encuentran en camino de convertirse en metáforas muertas y, por tanto, en enunciados literales. Pero, si se prescinde, por sus problemas, de la noción de significado literal, es preciso elaborar tal distinción en otros términos, por ejemplo, de grado de convencionalidad de uno y otro tipo de expresiones. El grado de convencionalidad no es sólo un concepto con trascendencia cognitiva, aunque no implica la existencia y funcionamiento de diferentes procesos cognitivos en el procesamiento de diferentes tipos de expresiones. El grado de convencionalidad es también un concepto histórico y cultural y hace referencia a la forma y la amplitud de fijación de los conocimientos semántico-enciclopédicos de una comunidad.

Cuanto mayor sea esa fijación, esto es, cuanto mayor sea la incuestionabilidad de tales conocimientos, o su irrevisabilidad, mayor será su convencionalidad. Los conocimientos léxico-enciclopédicos de una comunidad tienen la importante propiedad de ser relativa, históricamente estables, de constituir la base firme de procedimientos convencionales para la expresión de intenciones comunicativas. Pero ni son inamovibles ni, por supuesto, forman parte de una presunta naturaleza humana, o competencia lingüística en el sentido chomskiano.

El hecho de que los diferentes grados de convencionalidad no impliquen diferentes procesos cognitivos no indica que esos diferentes grados no puedan diferenciarse en términos cognitivos, esto es, apelando a las intuiciones y conciencia de los hablantes. Así, para utilizar un ejemplo aducido por el propio J. Searle (1979), si `Pepita es muy fría´ es una metáfora convencionalizada, no lo es tanto que los hablantes del español sean ajenos por completo a su carácter metafórico, y que no puedan recuperar otros significados convencionales próximos al significado metafórico (`Pepita es poco sensible´, `Pepita carece de sentimientos´, `Pepita no es una mujer que se deje llevar por las pasiones´, etc.) con los que contrastar el significado metafórico. Por eso, a diferencia de lo que reclama J. Searle, `Pepita es muy fría´ no puede considerarse una metáfora muerta, esto es, del máximo grado de convencionalidad, que supone la opacidad de significados alternativos para la conciencia lingüística del hablante. En este sentido, el diccionario no supone una buena guía para distinguir entre unas expresiones y otras, las metafóricas muertas y las simplemente convencionales. Aunque en él, figure `carente de emociones´ como una de las acepciones de `frío´, eso no significa que el carácter metafórico de esa acepción sea impenetrable para los hablantes del español. De hecho, en el **Diccionario del uso del español**, tal acepción se enmarca dentro de las **figuradas**, lo cual indica que su utilización no es una aplicación metafórica completamente muerta. El diccionario es un índice del grado de convencionalización de los significados, pero es la conciencia de los hablantes la última instancia que determina su punto en el continuo que va desde las metáforas muertas a las creativas o poéticas.

Como se ha visto, un lugar esencial para la dilucidación de estas posturas

maximalistas o minimalistas lo ocupa el problema de la naturaleza y demarcación entre metáforas **vivas** y **muertas**. Aun suponiendo resuelto este segundo problema, el de la demarcación, subsistiría el problema de la metafóricidad. ¿Continúa siendo metafórica una metáfora muerta? ¿O pierde su condición en el trance de verse incorporada a la convencionalidad lingüística? Es claro que una respuesta afirmativa a la primera pregunta y negativa a la segunda ampliaría enormemente la difusión o pervivencia de lo metafórico en el habla cotidiana, y convertiría a la metáfora en el fenómeno semántico por excelencia, el objetivo primario de cualquier teoría semántica. Y, a la inversa, si se niega metafóricidad a las metáforas muertas y, al mismo tiempo, se estrechan las condiciones que permiten asignar vida a las metáforas, la metáfora se convierte en un fenómeno curioso, apto para pragmáticos ociosos o para críticos literarios con continentales ambiciones especulativas.

No obstante, el problema de la adscripción de metafóricidad a expresiones lingüísticas supone una elucidación previa, al menos del problema de la demarcación entre metáforas vivas y muertas. La tesis más corriente a este respecto es la de la **gradualidad** de la asignación de carácter metafórico. Lo metafórico no es un concepto de sí o no, sino de grado. En términos formales, no constituye una función que, para cada una de las expresiones del lenguaje, asigne un valor positivo o negativo dependiendo de su metafóricidad. Existiría una **escala** en la que sólo serían localizables cualitativamente ciertos puntos, y los extremos de esa escala estarían ocupados por las expresiones metafóricas vivas o nuevas y por las muertas o convencionalizadas. Por ejemplo, la escala de R. Fowler reconoce los siguientes grados de metafóricidad: metáforas fósiles (**stone-dead**), muertas, tres cuartos y medio muertas...vivas. Esta escala depende de la **conciencia** del hablante de su función **sustitutoria** respecto a expresiones literales, o usadas literalmente. D.E. Cooper la ha denominado escala **amnésica**, frente a las escalas **geriátricas**, que ponen el acento en la antigüedad o vejez de las expresiones. Ni uno ni otro tipo de escalas funciona: el primero por basarse en el supuesto erróneo de que las expresiones metafóricas son sustitutos de expresiones literales; el segundo por confundir la antigüedad del uso de las expresiones con

su convencionalidad.

Un argumento importante en favor de la exclusión de las metáforas **completamente** muertas del ámbito de la metaforicidad es hipotético (D.E. Cooper, 1984, M. Hernández, 1990/91). Si las metáforas muertas no se excluyeran de lo propiamente metafórico, ¿cómo se distinguiría entre los cambios semánticos propiamente metafóricos y los que no lo son? Dicho de otro modo, si las metáforas muertas continúan siendo metáforas, ¿qué impide que cualquier cambio semántico pueda ser calificado como metafórico? Muchas expresiones adquieren nuevos sentidos, nuevas aplicaciones, nuevos usos a lo largo de la historia de la lengua. Pero, ¿es todo cambio semántico, sustentado por un 'desplazamiento', metafórico? Parece conveniente distinguir entre las distintas fuentes de los cambios semánticos y entre los diversos **medios** por los cuales éstos se efectúan. Uno de ellos es el metafórico, pero seguramente no es el único, aunque quizás sea el más importante. En caso contrario, se corre el peligro de ampliar el significado de *metafórico* de modo que incluya **cualquier** desplazamiento de significado y, en consecuencia, ello conduciría a emplear **metafóricamente** la expresión 'cambio semántico metafórico'.

Quizás el ejemplo más evidente de este abuso de la noción de **cambio semántico metafórico** o **extensión metafórica** se da en la consideración de las variaciones de uso y de sentido de partículas sincategoremáticas, como las preposiciones. La calificación de tales variaciones como metafóricas sólo tiene sentido si se considera que tales variaciones contribuyen a la elaboración de metáforas localizadas en expresiones lingüísticas más complejas, seguramente agrupadas de un modo sistemático. Dicho de otro modo, no es que la preposición 'en' tenga un sentido locativo primigenio, como 'en la mesa' y adquiriera luego, por desplazamiento metafórico, un sentido temporal en la expresión 'en jueves', por ejemplo. Lo que tiene sentido metafórico, en todo caso, es la expresión completa, y la preposición 'en' contribuye a la construcción de tal sentido, si se admite que la expresión 'en jueves' pertenece a la clase de las metáforas **procesuales**, caracterizadas por G. Lakoff y M. Johnson, lo cual negarían muchos autores, puesto que ampliaría hasta tal punto el ámbito de lo metafórico que imposibilitaría el mismo proyecto de

proporcionar una explicación de tipo general.

Como se ha visto, tanto J. Searle como D. Davidson han considerado que, aunque un sentido puede haberse derivado metafóricamente de otro, la institucionalización del sentido nuevo lo convierte en un sentido **literal**, fuera del ámbito a explicar por una teoría de la metáfora. En este aspecto, es preciso considerar la relación entre las metáforas y las expresiones idiomáticas (como por ejemplo: `véte a freir espárragos'): aunque las expresiones idiomáticas comparten ciertas características con las metáforas, como la de que existe una **suspensión** de la función referencial, no son tampoco propiamente metafóricas, en cuanto que su sentido no es el resultado compositivo de las expresiones que las forman (M. Davies, 1982/3).

En términos psicológicos, cognitivos, se podría explicar la diferencia entre metáforas y expresiones idiomáticas del siguiente modo: mientras que en las expresiones metafóricas se da la mediación de una representación mental entre la expresión proferida y el mensaje intencional (lo que se quiere decir), en las expresiones idiomáticas existe una conexión **directa** entre una y otro. Esquemáticamente, las correspondientes relaciones se pueden representar del siguiente modo:



El proceso de **idiomatización** se puede describir entonces como un proceso de **supresión** o **desvanecimiento** de la representación semántica mental ligada al sentido metafórico. Supresión o desvanecimiento que se deben a la existencia de una **convención** que relaciona directamente la expresión lingüística y un significado socialmente fijado. Por ello, si esta caracterización es correcta, los **insultos** basados en la imaginería animal

pueden considerarse como expresiones altamente idiomatizadas, aunque en su caso, como en otros, se dan gradaciones que tienen que ver con la medida de sistemización (de asimilación al sistema de la lengua) de la convención en cuestión.

Adaptando un ejemplo de D.E. Cooper al español, se puede advertir en qué consiste la naturaleza del tránsito de lo metafórico a lo idiomático:

<i>Expresión literal</i>	<i>Expresión metafórica</i>	<i>Expresión idiomática</i>
morir	faltar	estirar la pata
fallecer	irse	hincar el pico
fenecer	expirar	liar el petate, palmar

Otra característica que permite distinguir a las expresiones metafóricas de las idiomáticas es que la comprensión del sentido de una expresión metafórica no requiere sino el conocimiento del significado de las expresiones componentes, mientras que no sucede lo mismo con las expresiones idiomáticas. Por decirlo de otro modo, el sentido de una expresión metafórica se puede **reconstruir** basándose en el conocimiento semántico léxico, aunque sea una metáfora **nueva** para un auditorio. Esto no quiere decir que el conocimiento semántico asegure la comprensión de la metáfora, puesto que para que se produzca tal comprensión es necesario, además, que se sea capaz de reconstruir el **proceso** (análogo) psicológico de inferencia que conduce a la elaboración de la metáfora, que se esté capacitado por tanto para captar el **fundamento** de la metáfora y no su mera encarnación o personificación lingüística.

La situación es diferente en las expresiones idiomáticas. Uno puede conocer el significado de `estirar' y de `la pata' sin que se sea capaz de reconstruir el sentido de la expresión `estirar la pata' . Para la comprensión de la expresión idiomática es preciso el conocimiento de la **conexión regular** entre la expresión y su sentido, conexión **directa** en función del grado de convencionalización de la expresión. M. Davies ha afirmado correctamente que las expresiones idiomáticas se distinguen por carecer de **estructura**

semántica, comportándose, desde el punto de vista de la comprensión, como **primitivos** semánticos. Se las entiende o no de una vez, pero no se puede alcanzar su sentido a través de la aplicación del principio de composicionalidad semántica. En cierto modo, se trata de **islas** semánticas, puesto que en ellas las expresiones componentes no están unidas estructuralmente a otras expresiones pertenecientes al léxico, ni siquiera a otros ejemplares de las **mismas** expresiones en diferentes contextos léxicos. Así, si nos atenemos al ejemplo `estirar la pata', de nada sirve, para comprender que su significado es /morir/, saber que `pata' designa una parte corporal, y que ese término está ligado estructuralmente a otros términos del mismo campo léxico (`pierna', `pezuña', `extremidad', `miembro', etc. Tampoco nos será de utilidad la consideración del significado de `pata', en `los pulpos tienen ocho patas', `las mesas tienen patas', etc. El significado de la expresión idiomática `estirar la pata' se aprende como un **bloque** inestructurado, mediante la equivalencia con el uso de `morir' en condiciones sociolingüísticas determinadas. Esto no excluye que el origen de la expresión idiomática sea en realidad metafórico. La expresión `estirar la pata' es metonímica, pero ciertamente, cuando los hablantes del español utilizan esa expresión, no tienen conciencia de que se esté mencionando el efecto por la causa, o el signo (en el sentido de **índice** o **síntoma**) por lo que lo provoca. Esto es más evidente aún en ejemplos en los que el fundamento de la metáfora, metonimia o sinécdoque queda sumido en la oscuridad de la historia de la lengua.

Otro aspecto que merece la pena destacar, en las relaciones que unen a expresiones idiomáticas y metafóricas, es que comparten la propiedad de ser susceptibles, **in abstracto**, de ser interpretadas literalmente en algunos contextos de uso. Esto es, existen expresiones idiomáticas y metafóricas que podrían ser consideradas indeterminadas, en cuanto expresiones-tipo, entre una interpretación literal y otra no literal. Por ejemplo, las expresiones (a) y (b)

(a) hay moros en la costa

(b) la fruta está madura

idiomática la primera y metafórica la segunda podrían tener una interpretación literal, si se imaginan los contextos adecuados. Pero igualmente en este caso se hace patente la diferencia que introduce el grado de sistemización entre uno

y otro tipo de expresiones. Mientras que el sentido idiomático de (a) se encuentra desconectado de su (posible) interpretación literal (composicional, referencialmente regular), el sentido metafórico de (b) puede ser elucidado a partir de su (posible) interpretación literal. Para lo cual, insistimos una vez más, no sólo es necesaria la movilización del conocimiento semántico, sino también la puesta en funcionamiento de otras posibilidades o capacidades cognitivas, como la captación de analogías entre procesos.

No obstante, quizás merezca la pena señalar que esa posibilidad de ser afectadas por la ambigüedad sólo se produce en el nivel abstracto de la expresión-tipo. Si éste es el nivel que corresponde a la teoría semántica, se puede afirmar que la indeterminación que hemos mencionado es **semántica**, pero que no siempre perdura cuando las expresiones se consideran en su dimensión pragmática, esto es, en cuanto a su **uso** en circunstancias concretas, en cuanto **ejemplares** o **muestras** de expresiones. Sólo perduraría tal ambigüedad si, en cuanto a la muestra de la expresión, **ambos** tipos de interpretación fueran posibles. Aunque no es un caso corriente, es necesario reconocer que tal **ambigüedad pragmática** o real es un recurso retórico o literario bien conocido por los hablantes de la lengua.